



EL POETA QUE LLEVA UNA BALA EN LA CABEZA

De Gabriel Peveroni

URSULA: El poeta Aureliano es el mayor de diez hermanos a los que nunca conoció, porque él nunca salió de Colombia y todos sus hermanos viven en Estados Unidos, y esto se debe a que el padre de Aureliano se fue de Colombia antes que él naciera, años antes también que Aureliano cayera accidentalmente en una alcantarilla y años antes que le llenaran de plomo la cabeza en una carretera.

Eso fue antes de la Navidad del año 2000, un día de frío, mucho frío, lejos de Macondo.

El que está a la izquierda es el conductor del camión.

El que está a la derecha es un ingeniero de alimentos (porque la misión que tienen que cumplir es la de traficar aves en un camión que debe atravesar zonas sin control militar ni guerrillero, zonas donde no hay ley) Aureliano es el que está en el medio. Está en una misión especial. Es guardia de seguridad en trabajos especiales. Está desesperado por dinero. Es el único trabajo que pudo conseguir en los últimos años. Requiere el talento que aprendió en la militancia política: manejo de armas, manejo en situaciones difíciles, ese tipo de cosas que aprenden los hombres solos de países en guerra.

AURELIANO: “Yo nací un día que Dios estuvo enfermo”

CONDUCTOR: ¿Con quién hablas?

AURELIANO: Con nadie.

INGENIERO: Así era mi bisabuelo. También él hablaba solo.

URSULA: “Hay golpes en la vida tan fuertes...”

AURELIANO: “Yo no sé”

CONDUCTOR: ¿Con quién hablas?

AURELIANO: Con nadie.

URSULA: Así era tu bisabuelo. También él hablaba solo.

INGENIERO: Ya estamos por llegar. Ya falta menos.

URSULA: Es el viaje de regreso a Bogotá. El camión cargado de aves para la cena de Navidad. Los tres tienen chalecos blindados. Aureliano lleva un Colt 9 milímetros y una escopeta recortada calibre 12. Aureliano tiene los ojos clavados en los espejos retrovisores. Atento a posibles perseguidores. Atento a trampas en el camino. En uno de los talleres de seguridad que Aureliano hizo con guerrilleros del ELN, un veterano combatiente fue muy claro en este tipo de cosas:

CONDUCTOR: Estábamos con otros guerrilleros apostados sobre un árbol. Teníamos el dato de un contingente militar que pasaría por ese lugar con una ametralladora M-60. Los vimos llegar. Los esperamos. Cuando estaban cerca disparamos nuestros AK 47. Uno de ellos se puso al frente de la ametralladora M-60 apuntando a los árboles y disparando. Uno de los nuestros disparó su fusil de asalto ruso y apuntó al militar en el pecho. Al caer este primer soldado, de inmediato fue reemplazado por otro, hasta que fueron cinco los soldados que dejaron la vida en defensa de la M-60.

AURELIANO: En este punto del relato el narrador combatiente se toma la cabeza con las manos y me cuenta

que al llegar hasta la ametralladora estaba pegajosa por la gran cantidad de sangre.

CONDUCTOR: Nos fuimos todos juntos, todos a salvo, y nos metimos monte adentro hasta el campamento con nuestra nueva adquisición.

AURELIANO: Somos muchos lo que arrastramos por la vida un pedazo de metal en el cuerpo.

INGENIERO: Después de cargar las aves, después de tomar unos tragos con los empleados de la finca, después de subirnos al camión, después de sentir el miedo de meternos otras vez en la carretera, después de todo eso, nos contamos algunas cosas. Aureliano nos contó que era poeta, que estaba signado por un poema de Vallejo que le obligaron a memorizar en la escuela.

AURELIANO: “Yo nací un día que Dios estuvo enfermo”

CONDUCTOR: ¿Con quién hablas?

AURELIANO: Con nadie.

INGENIERO: Así era mi bisabuelo. También él hablaba solo.

AURELIANO: No les conté cosas que no se cuentan.

URSULA: No les contó que su madre era vendedora callejera y que un día ella se acercó a otra vendedora ambulante para comprar cigarrillos, y en ese momento Aureliano vio un chocolate de los que le encantaban, pero como su madre no tenía dinero para chocolates, en un arrebato Aureliano agarró el chocolate y salió corriendo.

AURELIANO: En un segundo pasó lo que pasó: el piso, el suelo, se disolvió, desapareció, y caí, y seguí cayendo, hasta quedar suspendido en una maraña de cables y ganchos tapados por un agua maloliente y podrida. No me asusté.

URSULA: Al principio no se asustó. Escuchaba el bullicio de la avenida y la gente. Escuchó los gritos de su madre. Llegó a ver ratas muy grandes cerca del lugar en donde estaba suspendido. Fueron unos segundos, un tiempo interminable, hasta que sintió cómo jalaban de sus brazos y vio de nuevo la luz del día. No sufrí herida alguna pero lo llevaron a un hospital. Ya en el hospital, y mientras las enfermeras contaban entre risas la desventura de Aureliano, una y otra vez, la del niño que se cayó en una alcantarilla por robar un chocolate...

AURELIANO: Yo me preguntaba cosas sin respuesta sobre el padre que no tuve y que me había abandonado.

INGENIERO: Nos estaba contando Aureliano, en el último repecho que subimos con el camión, que de niño vivió junto con su madre y su abuelo en piezas de alquiler. Nos estaba contando que su abuelo era ecuatoriano y había sido soldado en la guerra entre Ecuador y Perú. Nos estaba contando que en esa guerra su abuelo perdió la calma porque no podía soportar la disciplina militar y tampoco podía soportar el miedo.

CONDUCTOR: Los tres teníamos miedo mientras el camión subía el repecho y una camioneta nos avanzó y se puso delante.

AURELIANO: Mi abuelo decidió enterrarse su yatagán

en el pecho, pero no lo logró, pero sí logró que lo apartaran del ejército y continuó su vida como músico, profesión que luego abandonó por causa de un reumatismo que deformó sus manos pero que no le impidió hacerse un nombre como artesano joyero. Mi abuelo escuchaba tangos y música vieja en una vieja radio a transistores.

CONDUCTOR: La noche estaba demasiado oscura y nublada.

INGENIERO: La neblina no permitía ver más allá de tres o cuatro metros.

AURELIANO: La camioneta blanca nos adelantó.

CONDUCTOR: El camión subía con dificultad.

INGENIERO: Uno de los de la camioneta miraba hacia nosotros.

AURELIANO: Empecé a llamar al dueño de la empresa pero no respondía. Sin autorización no podía disparar a menos que me dispararan primero. Sentí miedo. Mis ojos se posaron en el círculo del cañón de un arma. Una fuerte luz salió de esa boca, y en ese mismo instante sentí un golpe fortísimo en la cabeza. Pasaron unos instantes y sentí humedad en la frente.

URSULA: Aureliano alcanzó a hacer un par de disparos, como acto reflejo. El camión frenó, las puertas fueron forzadas. Al conductor y al ingeniero los ejecutaron en una zanja donde dejaron tirado al poeta Aureliano, a quien dieron por muerto. Gritos. Horror. Se llevaron el camión y el cargamento de aves.

AURELIANO: De un momento a otro me vi tirado entre la maleza. Veía claramente mi herida y decía: pobre Aureliano, mira en dónde vino a morir. Luego entré en un viejo teatro, y vi en la tarima a una serie de amigos míos que estaban muertos, muchos de ellos muertos en combate. Estaba también mi abuelo. Y pasó que mi abuelo se puso al frente de la tarima, y me gritó: “¿qué haces aquí?”. Le respondí que no sabía. Entonces me gritó: “¡vete, debes irte! ¡YA!”. Y enseguida escuché una voz que decía “tranquilo, somos policía de carreteras, llevamos dos horas buscándolo”. Les pedí agua, se acercaron y me dijeron que solo podía humedecer los labios. No me dormí. Ambulancia. Hospital. Dolor. Insoportable. En la cabeza. Acá. Un médico se acercó y gritó a la enfermera que le dieran una gasa y una venda, porque se le estaba saliendo el cerebro a un paciente. Era yo. Ahora sí me asusté. Era más grave que lo de la alcantarilla. Otra vez estaba solo. Mesa de operaciones un 24 de diciembre. Antes de Navidad. No había sido un rozón de bala. Los médicos encontraron que el proyectil había chocado con los huesos de mi frente, y se había roto, por lo que mi cabeza, en su interior, alberga aún hoy un gran número de escombros de hueso y plomo.

URSULA: El poeta que lleva una bala en la cabeza.

Gabriel Peveroni (Montevideo). Es autor de la saga Proyecto Shanghai que incluye hasta el momento las novelas “Los ojos de una ciudad china” (2016) y “Viajar no lleva a ningún sitio” (2019). Integrante de la llamada “generación de los crueles”, su obra incluye además de narrativa, poesía y periodismo, la autoría de guiones teatrales

estrenados en Montevideo con dirección de María Dodera entre los que destacan “Sarajevo esquina Montevideo” (2003), “Groenlandia” (2005), “Berlín” (2007), “Shanghai” (2011) y “El accidente” (2020).